

CRÓNICA Dos libros antológicos de la obra de Peter Handke, preparados por Cecilia Dreymüller. El primero repasa su relación con España, coincidiendo con el doctorado honoris causa que le concedió la Universidad de Alcalá

Un austriaco filoespañol

CARLES BARBA

Para ubicar la inclasificable posición de Peter Handke (Griffen, 1942) en el ecosistema literario actual, bastaría poner en contigüidad tres hechos relacionados con reconocimientos: en mayo la Universidad de Alcalá de Henares le ha concedido un doctorado honoris causa; en el 2006 el Ayuntamiento de Düsseldorf le desposeyó del premio Heine por su apoyo a Milosevic; y en el 2004, al recibir el Nobel de Literatura, Elfriede Jelinek declaró que quien en realidad se lo merecía era su colega austriaco. Coincidiendo en fin con su investidura en el lugar natal de Cervantes, Alianza publica un jugoso volumen sobre su continuada relación con España, cuyos pueblos, ciudades y tierras aparecen significativamente en algunos de sus libros (en novelas tan fundamentales como *El año que pasó en la bahía de nadiey* en crónicas tan originales como *Ayer, de camino*). La germanista Cecilia Dreymüller ha antologado nueve muestras de esta presencia ibérica en sus obras (la más larga, extractada de *La pérdida de la imagen o Por la sierra de Gredos*), y ha completado el tomo con un manojito de tres entrevistas al escritor (y otra a su traductor más incondicional, Eustaquio Barjau) y ocho textos handkianos escritos por otros tantos escritores españoles (desde Félix Romeo o Miguel Morey a Ignacio Vidal Folch o José Luis Pardo).

¿Por qué el autor de *La mujer zurda* siente tal apego por España? ¿Ha encontrado aquí, como Rilke con Ronda y Toledo, sus paisajes congénitos? ¿Experimenta, como Tabucchi con Portugal, la sensación de tener a mano una geografía alternativa? Una primera razón de fondo sería el estímulo de sus lecturas de clásicos castellanos: Tirso, San Juan de la Cruz, Cervantes, Antonio Machado o María Zambrano. Otro incentivo, su fascinación por el románico –no le perdona a Goethe que no lo valorara– que encuentra cristalizado en sitios como Santo Domingo de Soria o las iglesias medievales de Toro y Zamora. Y

Desde las rojizas tierras sorianas hasta la bravura de Fisterra, los paisajes ibéricos fascinan al literato

En lugares recónditos que nada tienen que ver con el escenario típico Handke halló un estilo propio y un yo liberado

otra razón acaso de mayor peso tendría que ver con *La España vacía* que últimamente ha topografiado Sergio del Molino. Lo dice a las claras el escritor en una de las conversaciones con Dreymüller: "...El paisaje es tan vacío. Allí uno puede imaginar historias. Hay una energía, no sé, erótica". Y España por otro lado, con sus rincones aún poco hollados, le permite al austriaco la posibilidad del descubrimiento que, según Paul Theroux, el turismo de masas y la globalización han hecho hoy prácticamente inabordable en cualquier lugar del planeta. Por lo demás, nos enteramos aquí que Handke (que en su juventud hizo viajes tan aventureros como recorrer Estados Unidos a lo Kerouac o patear España a fondo) entre los años 1988 y 1990 quiso satisfacer un sueño pendiente, "el de estar yendo de un sitio a otro durante años". Y un poco a la manera de su personaje Gregor Keuschnig (quien en *El año que pasó en la bahía de nadiey* se oculta en una ciudad dormitorio de las afueras de París), decidió perderse por España, y dirigiéndose a Sevilla,



El escritor austriaco Peter Handke fotografiado en su domicilio de Chaville, Francia
JAVIER DE PASAMONTE

Un mundo bueno

C.B.

No se asuste el lector si en el índice de esta colección de artículos sobre libros y escritores germánicos nota que muchos de estos le son desconocidos. Lo que importa es el opinante y cómo a través de las obras con las que se confronta destila su concepción de la literatura, de lo que aguarda de ella ("espero de la literatura que rompa todos los aparentemente definitivos conceptos del mundo") y de lo que no está dispuesto a tolerar que le vendan como tal (véase la implacable reseña de una novela de Karin Struck, *La madre*).

De nuevo gracias a la infatigable

Cecilia Dreymüller, tenemos ahora la oportunidad de descubrir a Peter Handke como crítico. Lo que equivale a calibrarle también como tremendo lector, no sólo de su propia tradición –Goethe, Stifter, Storm, Fontane, Doderer...– sino de los ámbitos más diversos del siglo XX (Faulkner y Kafka son sus maestros, le encantan Chandler y Highsmith, y Patrick Modiano y Walter Percy le han interesado al punto de traducirlos). Y si bien es cierto que Handke de joven iba de iconoclasta y le cantó las cuarenta a los Böll, Grass y Andersch por una novelística todavía en su opinión esclava del realismo y el psicologismo, en estas reseñas le vemos rindiendo sin

problemas homenaje a escritores de una generación o dos anteriores a la suya –Hermann Lenz, Franz Nabl, Ludwig Hohl...– en los que reconoce la insobornabilidad en el oficio, la implicación total en la escritura, y la intrepidez de haber trabajado sin red.

Quienes alimenten el cliché de un Handke discoló con la sociedad lite-

Peter Handke se descubre esta vez como crítico implicado con un concepto propio de compromiso literario

raria y misántropo con el mundo circundante, a la vista de estos veintisiete textos –donde también habla de pintura, política y cine– tendrán que rectificar, y encarsarse con un personaje mucho más matizado. En el discurso elaborado cuando recibió el premio Franz Kafka en 1979, llega a decir que él –más que un autor aislado– sesientale contrario confraternizando con los escritores que se han aventurado en una creación propia y también con los lectores que han tenido el coraje de seguirlos. Y en su loa al poeta serbio Miodrag Pavlovic –otra pieza importante de este recuento– ofrece otra perspectiva de lo que para él supone el compromiso literario:

en un gesto no previsto, se bajó del tren antes –la población era Linares, en cuyo coso murió Manolete– y se alojó al final allí dos semanas, hallando encima las condiciones para escribir productivamente.

En fin, no hay más que espigar en estas páginas españolas del que fuera *enfant terrible* de las letras alemanas, para comprender por qué empatiza tanto con la meseta castellana, el bravo confin de Fisterra, los rumorosos torrentes de Llivia, los recodos del Duero, o las rojizas tierras altas sorianas: en las antípodas de la España típica, la mirada escrutadora del escritor se puede demorar en escenarios aún originarios, geológicos, dejados un poco de la mano de Dios, y donde por otra parte es posible dar inopinadamente (en un bar de la carretera de Valladolid, por ejemplo) con una *jukebox* con canciones para ensimismarse.

Como agudamente observa Juan Villoro en uno de los ensayos de la última parte, Handke ha sido un virtuoso del desarraigo, y extraviándose a posta en territorios ajenos (españoles entre ellos ¿por qué no?) se ha liberado a sí mismo. Y ha hallado un estilo inconfundible, esa percepción insistente en cualquier fruslería (la caída de una hoja en un charco) hasta lograr que el yo vibre con un estremecimiento de trascendencia. Y si el lector quiere por último calibrar, con ojos españoles, la originalidad de la poética del austriaco, no tiene más que deleitarse con la narración que le dedica Ray Loriga: un viaje a Bogotá, desdoblado en un regreso desde Extremadura a Madrid, y contado todo con ese extrañamiento lírico handkiano que sólo el cine de Wenders (algunas veces) ha sido capaz de emular. |

Cecilia Drey Müller

Peter Handke y España

ALIANZA. 333 PÁGINAS. 22 EUROS

nada que ver con el poeta laureado, ni con el *poeta doctus*, ni con el poeta mimado por instancias oficiales. Para Handke, hay una estirpe de autores detrás suyo –de Paul Celan a Antonio Machado– empeñados sólo en oír una voz interior y atentos a traducirla en imágenes más que en anécdotas o caracteres, y es a esa familia que le gustaría que le adscribieran.

Soy un habitante de la torre de marfil titulaba nuestro hombre en 1967 uno de sus tempranos ensayos. Pues no, a tenor de estas críticas se diría que ha alentado siempre una muy alerta sensibilidad social, y que en tanto que escritor le gustaría haber ayudado a propagar “un mundo bueno”. |

Peter Handke

Contra el sueño profundo

NÓRDICA. TRADUCCIÓN: CECILIA DREYMÜLLER.

256 PÁGINAS. 21,50 EUROS